

Catequistas campesinos

Otto Brun

INTRODUCCION

DADO EL ENORME campo que abarca la catequesis, quisiera restringirme en este estudio a algunos aspectos fundamentales de la experiencia pastoral con catequistas. En el Sur Andino, como en otras regiones del Perú y del continente, el catequista, parte del pueblo pobre y creyente, es un elemento fundamental de la pastoral de la Iglesia. Conociendo la labor del catequista y la historia del movimiento catequístico en nuestra región nos será posible ver concretamente la Iglesia del Sur Andino, su inserción en este pueblo tan marginado y explotado y desde ahí tomar conciencia de que el Evangelio vivido y comprendido desde los "condenados de la tierra" sí es un mensaje de liberación y esperanza.

En la primera parte expondré la experiencia con catequistas en Taraco, Parroquia donde estoy encargado de la formación y coordinación del trabajo con catequistas. Muy sumariamente diré en seguida unas palabras sobre el papel de la mujer evangelizadora. En la segunda parte trataré de recordar brevemente las etapas más

importantes y significativas de la historia del movimiento catequístico en el Sur Andino. Concluiré con una reflexión sobre el sentido y fundamento de la experiencia catequística.

I. LA EXPERIENCIA CON CATEQUISTAS EN LA PARROQUIA DE TARACO

Taraco está situado en la orilla nor-oeste del Lago Titicaca, en la provincia de Huancané, del departamento de Puno. La población, unos quince mil habitantes, es de habla quechua. Pastoralmente Taraco pertenece a la prelatura de Juli. Hace muchos años ya la parroquia trabaja con catequistas, llamados pastores católicos. Desde 1981 no hay párroco en Taraco y los catequistas asumen la responsabilidad de la parroquia. Hoy el grupo de pastores cuenta con unos treinta activos. Los pastores son elegidos por su comunidad y confirmados por la asamblea de pastores. Seis entre ellos se llaman catequistas responsables. Ellos, todos catequistas que tienen más de diez años de experiencia, ayudan a los pastores locales en su trabajo concreto en la comunidad y dirigen el culto los jueves —día del mercado— y los domingos en el pueblo de Taraco.

Una vez al mes, los catequistas nos reunimos durante un día en el pueblo. En estas reuniones intercambiamos nuestras experiencias pastorales y planificamos el trabajo del mes que viene, principalmente las reuniones de las comunidades cristianas comprometidas (CCC) y la preparación de los sacramentos. Reflexionamos sobre nuestra tarea principal: la evangelización integral. Evangelización integral significa —según las conclusiones de la sexta semana pastoral de la Prelatura de Juli en 1979— evangelización que “toma en serio todos los aspectos de la vida humana y busca la plena liberación de los que se encuentran oprimidos”. “Todos los aspectos de la vida”, eso quiere decir todos los aspectos de la realidad, tanto religiosos, sociales, políticos, económicos y culturales. Pero no basta con tomar conciencia de la realidad. La evangelización integral nos obliga a aprender los mecanismos para transformarla. Sólo así lograremos que la evangelización, corazón de nuestro ser de catequista, sea una Buena Nueva para los pobres y que “tenga la efectividad histórica y social que le es

propia, dentro de su acción transformadora del mundo”¹. En el folleto para el 25 Aniversario de la Prelatura de Juli en 1982, algunos catequistas de Yunguyo y Juli han descrito su trabajo de ésta manera: “Estoy nombrado por mi comunidad para enseñar la religión. Anuncio la Palabra de Dios, hago el culto y los bautismos. Los enfermos en mi comunidad nos piden hacer oraciones. Enseño cómo actúa un cristiano en una comunidad comprometida. Voy al campo para reunirme con mis hermanos y hermanas. Ayudo a mi comunidad a vivir con amor para caminar bien unidos. En reuniones de la comunidad apoyo para llegar a soluciones. Defiendo los derechos de mis hermanos campesinos para buscar justicia. Llevo filminas y también noticias del país y de nuestra zona”. En Taraco el trabajo del pastor local es muy semejante. Ponemos mucho énfasis en una buena preparación a los sacramentos y en el compromiso con la comunidad de base, llamada CCC. La CCC es un “grupo de fe que reflexiona en común sobre su quehacer histórico a la luz del evangelio; ofrece un ambiente de fraternidad y solidaridad que no solamente queda ahí, sino que da fuerza para vivir la justicia, anunciar la Buena Nueva y entrar en el proyecto de liberación de Dios”².

Por lo que se refiere a la remuneración del trabajo del catequista hoy, en Taraco, hay que decir que la parroquia no paga salarios. Se considera que el catequista está al servicio de su comunidad y hay comunidades —pero son raras excepciones— que apoyan al catequista con víveres con ocasión de la preparación a los sacramentos. Solamente a los pastores responsables, cuando van a otras comunidades para ayudar a los pastores locales, la parroquia les da una propina por gastos incurridos en cumplir tal misión.

Hasta aquí la experiencia de Taraco. Quisiera ahora añadir unas palabras sobre la mujer-catequista: en los últimos años, la Iglesia del Sur Andino empezó a descubrir la enorme importancia de la mujer andina en la sociedad y en la Iglesia³. Eso quiere decir, en el mundo campesino y en la Iglesia, que la mujer recién empieza a salir de su marginación y discriminación. Por el mismo rol que ella desempeña en el mundo campesino tradicional⁴ y por bien conocidas razones estructurales de la misma Iglesia católica, tampoco desempeña un papel directivo en ella.

A pesar de lo dicho, existieron también en el pasado en varias parroquias catequistas-mujeres, clubes de madres con formación bíblica, etc. En la parroquia de Putina (diócesis de Puno) se cons-

tata que en los pocos años en que las distintas organizaciones femeninas de la parroquia trabajan con la Biblia, la mujer ha descubierto mejor la Biblia que el catequista hombre en los muchos años de formación. Seguramente los catequistas hombres también la han descubierto, pero ellos, lo han comunicado menos a los demás que las mujeres y, de esta manera, guardando para sí mismos lo que han descubierto, en gran parte lo han de nuevo encubierto.

En Culca (Prelatura de Juli), una religiosa es responsable de un "Proyecto de Formación y Promoción de Mujeres Aymaras para la Evangelización Integral", proyecto que empezó en 1981/82. Cada año se organiza una escuela de verano de seis semanas de duración. Este año participaron treinta señoritas. Fuera de los meses con mucho trabajo en la chacra, las mujeres evangelizadoras se reúnen varios días cada mes para su formación y meditación. Esta formación impartida quiere ser lo más integral posible, teniendo en cuenta sobre todo la importancia del papel de la mujer y su influencia en la sociedad campesina. Monseñor A. Quinn, Prelado de Sicuani, en la reunión del IPA en marzo de 1984, dijo al respecto: "en el trabajo de evangelización la mujer es muy importante. La mujer puede evangelizar en su propio idioma y en su propio estilo humilde con los humildes". "Ella, la mujer evangelizadora, es bien recibida en el campo. Ella puede gozar de autonomía en la Iglesia local. Su estilo es de mutuo apoyo, proyección hacia la comunidad, libertad hacia el futuro. Ellas mismas pueden desarrollar su futuro"⁵.

No teniendo mayores experiencias en el trabajo con catequistas-mujeres, no puedo dar una información más completa de esta experiencia, pero quisiera dar un alcance al respecto: me parece muy importante integrar el trabajo de la mujer en el proyecto global de la sociedad y de la Iglesia. Quiero decir que el problema de la marginación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, aunque tenga características especiales de opresión, es un problema no solamente de sexo sino un problema de todos los campesinos, hombres y mujeres. La liberación de la mujer es parte de la liberación de todos los campesinos, de las parejas campesinas. Por eso la formación de catequistas mujeres no se puede restringir a enseñar la Biblia, sacramentos, cocina y tejer, etc. Ella necesita la misma capacitación que el hombre, porque con él debe enfrentar la misma lucha, sufriendo la misma opresión.

II. BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO CATEQUISTICO EN EL SUR ANDINO

Antes de entrar en una reflexión teológica sobre la experiencia de los catequistas, quisiera recordar la historia de esta experiencia. Esto nos hará ver una parte importante de la vida de la Iglesia en el Sur Andino, una Iglesia que poco a poco logró entrar en este enorme mundo de los pobres del campo, su cultura, su fe y vida.

1. Los primeros catequistas en el Perú

Sabemos que desde los comienzos del cristianismo en el Perú los evangelizadores llamaron a auxiliares laicos, primero españoles y después también a los mismos indios, dado que el número de doctrineros era muy pequeño en relación con el numeroso pueblo por evangelizar⁶. Estos auxiliares laicos indios, llamados alguaciles, fiscales o coadyutores, tenían como misión la de "recoger permanentemente las informaciones necesarias para los doctrineros, ejecutar y transmitir sus órdenes"⁷.

2. Las Escuelas Regionales de Catequesis

En 1952 los catequistas ingresaron en el trabajo pastoral de la Iglesia del Altiplano. Ellos cumplían un papel importante en la preparación del pueblo para la recepción de los sacramentos y la enseñanza de la doctrina cristiana en las comunidades y escuelas mediante la memorización del catecismo. En 1957, el P. Tomás Verhoven estableció en Puno la primera escuela regional de catequesis. Según me contó uno de los colaboradores del P. Tomás, el objetivo principal de esta escuela era la preparación de catequistas. Los candidatos asistieron durante un mes a la escuela como internos. Los asistentes recibieron un gran catecismo en estampas, un catecismo en quechua, un rosario y una insignia que se llevaba en el brazo derecho. En muchas parroquias el trabajo del catequista empezó a cobrar gran importancia. Su tarea consistía en preparar a las comunidades para los sacramentos, hacer las "rezanillas" durante la cuaresma y preparar el terreno para las visitas del sacerdote⁸. Los catequistas recibieron de parte del padre

“estímulos”, víveres, ropa y medicinas. Estos estímulos hicieron aumentar enormemente el número de catequistas. En Taraco, por ejemplo, los pastores llegan a doscientos para nueve comunidades. En 1961, el P. Tomás, apoyado por catequistas-directores de Puno, creó la Escuela Regional de Catequistas en Cusco. Desde aquí, los catequistas, formados igual que en Puno en varios cursos, llegaron a importantes provincias de Cusco, como Ocongate, Quiquijana, Urcos, Ccatcca; a Sicuani, Ayaviri y Abancay. Los catequistas, la mayoría casados y dedicados a la actividad agropecuaria, procedieron de las zonas más indígenas de las provincias. En 1964, el P. Tomás creó una nueva escuela regional de catequesis en Huancayo (para Huancayo y Huancavelica), y luego en Huaraz. Esta última, a pesar del apoyo del Obispo, no tuvo gran éxito.

3. Las asambleas episcopales regionales del Sur Andino e IRCEA

La década de los setenta, época entre Medellín y Puebla, significa para la Iglesia Latinoamericana un enorme despertar, un verdadero “aggiornamiento de la Iglesia” según la expresión del Papa Juan XXIII. “Ahora, sí, podemos alegrarnos”, dice el director del IPA, Juan Hugues, en 1974. “de que el evangelio entre por todas las puertas y ventanas que hemos abierto en nuestras antiguas murallas. Pueblos abandonados por largo tiempo, como son los de la sierra de Apurímac, pueden tener contacto con sacerdotes, catequistas, misioneros y religiosas, con el obispo mismo”⁹. El aggiornamiento de la Iglesia en el Sur Andino tuvo decisivas incidencias sobre los agentes pastorales y catequistas. Los documentos del Episcopado Peruano y las Asambleas Episcopales regionales lo muestran con toda claridad. Para el Sur Andino —por lo que se refiere al catequista— constituyen un documento básico las conclusiones de la primera asamblea Episcopal regional en Cusco de 1972, dedicado a la persona y al rol de los catequistas. Se precisa que la función del catequista consiste en “evangelizar, catequizar y promover a la comunidad campesina, para que surja la verdadera comunidad cristiana”. La asamblea, escuchando y sobre todo tomando en cuenta los cambios exigidos por los mismos catequistas¹⁰, pide que el catequista ya no sea más “rezador o doctrinero” sino antes que todo un “laico comprometido”, cuya labor se desempeña en su convivencia y participación

en los problemas de su comunidad y en coordinación (no subordinación) con los obispos, sacerdotes, religiosas y laicos, siendo el catequista signo de compromiso cristiano dentro de la comunidad. Por lo que se refiere a la formación del catequista, se exige que sea, conforme a su función, lo más integral posible, teniendo en cuenta tanto lo religioso como lo social. La asamblea insiste, y eso con gran éxito, que en lo religioso la base será ya no el catecismo sino la Biblia. Esta formación se debe dar a distintos niveles: en la misma comunidad, en la parroquia y en la región. A nivel regional quedó encargado el IRCEA (Instituto Regional de Catequesis y Evangelización Andina). El catequista ya no será elegido por el párroco sino por su comunidad "debidamente concientizada e informada de la misión e importancia de los catequistas". Por un lado la asamblea del Cusco insiste en que el catequista sea reconocido oficialmente como "agente pastoral laico", por otro lado recomienda a los prelados autorizar a algunos catequistas específicamente formados para que administren el sacramento del bautismo, sean testigos del sacramento del matrimonio y distribuyan la comunión en su propia comunidad. Veremos, en la última parte, que aquí hay una cierta confusión: por un lado se pide que sea laico, por otro lado se le carga una tarea "sacerdotal" de administrar los sacramentos. Finalmente, por lo que se refiere a la remuneración —problema crucial—, la asamblea distingue entre catequista local que es voluntario y debe vivir de su trabajo, mientras que el catequista a tiempo completo debe recibir un sueldo justo. La segunda Asamblea Episcopal Regional en Chucuito (agosto 1973), que trata fundamentalmente de los agentes pastorales, reafirma las conclusiones de Cusco sobre el catequista, pero insiste, con una fundamentación muy interesante, en la necesidad de catequistas campesinos para lograr una Iglesia verdaderamente inserta en el pueblo. Explica que muchos agentes pastorales vienen de fuera, no hablan el idioma del pueblo y tienen mentalidades teológicas o ideologías ajenas al pueblo. Todo eso dificulta un trabajo pastoral y exige colaboradores autóctonos como son los catequistas locales.

¿Cómo traducir estos nuevos conceptos sobre la Iglesia, los agentes pastorales y catequistas en la práctica? Acá se sitúa el trabajo de IRCEA. Durante la época del setenta, en los muchísimos cursillos y encuentros, IRCEA dio a los catequistas de todo el Sur Andino las herramientas para su compromiso como laico en

la promoción de su comunidad y en la formación de una Iglesia encarnada en la cultura del Altiplano. Se insiste en que el catequista tiene que representar a su comunidad delante del párroco y no al párroco delante de su comunidad. Por eso el catequista tiene que vivir en medio de su comunidad, conocer sus alegrías, luchas y sufrimientos. Se habló de que las asociaciones de catequistas, fuertemente promovidas por IRCEA, "son la base de la Iglesia autóctona campesina"¹¹. En Puno, a nivel de diócesis, los catequistas se habían dado como meta: "Un campesino enteramente hombre en una Iglesia enteramente campesina". Siguiendo las recomendaciones de las conferencias regionales del Sur Andino, IRCEA ofreció básicamente dos cursillos al año: uno sobre formación cristiana que equipó al catequista como líder religioso, otro de formación socio-cultural y político para capacitar a los catequistas campesinos cristianos a expresar su fe en Cristo liberador en su lucha por la justicia en el Altiplano¹². La tercera Asamblea Episcopal regional de Sicuani en 1974, que tuvo como tema "la comunidad eclesial y pastoral de las vocaciones sacerdotales", denuncia fuertemente los obstáculos que vienen de una pastoral tradicional, que el Prelado de Sicuani, A. Quinn, compara a "un gran museo, lleno de reliquias de los tiempos pasados, pero con poco valor práctico para una sociedad del s. XX, en pleno proceso de cambios profundos. Esto ha contribuido a mantener costumbres que forman parte de toda una estructura socio-económica, política, religiosa que se presta a la explotación y opresión de un pueblo postrado por la injusticia, la ignorancia y superstición"¹³.

Un salto cualitativo en la Iglesia del Sur Andino, con grandes implicancias para la catequesis y los catequistas, significa la Cuarta Asamblea Episcopal Regional en Abancay en 1975, dedicada al tema "nuevos ministerios". Sin negar la importancia de los ministerios, se constató que este problema "no corresponde a las preocupaciones actuales de las iglesias locales de nuestra región"¹⁴. La asamblea de Abancay dirige la mirada de la Iglesia del Sur Andino hacia el pueblo, la comunidad cristiana. Se toma más y más conciencia de que aquí la Iglesia no es otra que este pueblo oprimido y creyente y que todos los bautizados tienen el deber de catequizar¹⁵. Se empieza ya a vislumbrar lo que será una de las afirmaciones más profundas de Puebla y que la teología de la liberación ha formulado: "los pobres evangelizan". En todo este pueblo

oprimido y creyente que evangeliza a través de su lucha por liberarse de su opresión. Esta nueva comprensión del pueblo evangelizador no sustituye la función del agente pastoral, pero sí le da una nueva dimensión: la de servicio a este pueblo. Su papel es el de acompañar a su comunidad, reconociendo en ella la presencia de Cristo. Mejor expresión de este cambio son, sin duda, las cartas pastorales del Sur Andino "Recogiendo el clamor", en 1977, y "Acompañando a nuestro pueblo", en 1978, así como el documento regional del Sur Andino para la tercera conferencia del episcopado latinoamericano en Puebla. En la perspectiva de la asamblea de Abancay y de estos documentos del Sur Andino la Iglesia y sus agentes pastorales respaldan las organizaciones autónomas del pueblo, para lograr la liberación de este pueblo según el plan de Dios¹⁶. Puebla (1163) reafirmará el mismo postulado. Fruto de esta nueva manera de entender la Iglesia son las comunidades de base que en algunos lugares del Sur Andino empiezan a surgir. Muchos agentes pastorales y catequistas han podido dar el paso y asumir su nuevo papel, otros no. Una de las experiencias más positivas y profundas ha sido para mí el ejemplo de Leoncio Castillo Gonzáles en Muñani, quien trabajó muchos años como catequista y que junto con su esposa Juana Mamani formó una comunidad de base¹⁷.

CONCLUSION

Para apreciar más objetivamente la experiencia pastoral de catequistas campesinos en el Sur Andino es indispensable ubicarla en la historia de este pueblo. La evolución va del "catequista, sacado de su pueblo (clero)" para el servicio de la parroquia, pasando por la etapa del "animador cristiano laico, evangelizador y promotor de su comunidad" hasta su inserción como sal o fermento en el pueblo que lucha por su liberación.

Podemos preguntarnos, ¿cuál es el motor tan potente que ha logrado empujar esta evolución? Hemos señalado varios elementos de este motor: el aggiornamento pedido por el Papa Juan XXIII, las asambleas episcopales latinoamericanas, peruanas y regionales, los aportes decisivos de la teología de la liberación, las escuelas regionales de catequesis, IRCEA, la misma miseria que aplasta al pueblo, las iniciativas de los mismos catequistas formu-

ladas claramente en sus cartas desde IRCEA en 1972 y 1973, etc. Pero el empujón más fuerte —como se deduce fácilmente de este estudio— ha sido el redescubrimiento de la Biblia y la misma historia.

- La Biblia, interpretada desde la vida de los pobres, o la vida de los pobres leída e interpretada por la Biblia.
- La historia, como historia del pueblo que lucha y vence las innumerables formas de miseria y opresión, historia en que Dios se revela y con su Espíritu empuja hacia la construcción de su Reino.

La experiencia pastoral con catequistas campesinos nos ha enseñado que el Espíritu de Dios está donde está el pueblo pobre. Comprender eso y aceptarlo ha costado muchos sufrimientos, desprendimiento, renuncia a privilegios y poder, pero ha permitido experimentar también profundísimas alegrías y encontrar el verdadero sentido de la vida. Descubrir a Dios en el pueblo pobre nos exige una profunda conversión, nos pide creer con toda nuestra existencia —cuerpo, cabeza y corazón— que nuestro Dios es el Dios de los pobres y que el “lugar” para encontrarlo es allí donde sufre, lucha y celebra el pueblo pobre.

Termino con la esperanza que esta fe, esta conversión —un don de Dios— que exige todas nuestras fuerzas, se haga cada día un poco más realidad en nuestra vida.

“ ¡HAY, HERMANOS, MUCHISIMO QUE HACER!”

NOTAS:

¹ Documento de la Asamblea Episcopal Peruana: Evangelización (enero 1973): No. 3.1.4.

² Conclusiones de la Sexta Semana Pastoral de la Prelatura de Juli: p. 2.

³ Ver: Aurora Lapiedra; Trabajo Pastoral con la Mujer Andina; en Pastoral Andina 36 (1983), pp. 9-13; Puno: Encuentro de Mujeres Campesinas, en Andenes 17 (1983); La mujer campesina en la Sociedad, en Andenes 12 (1981).

⁴ Manuel M. Marzal SJ; El mundo religioso de Urcos, Cusco (1971) p. 514.

⁵ Informe de la Hermana Bárbara Cavanaugh S.M. sobre el proyecto de Formación y Promoción de Mujeres Evangelizadoras, Culta, abril 1984.

⁶ Ver al respecto la insistencia del Tercer Concilio Limense en 1582 en la necesidad de enseñar a los indígenas: Andenes 15 (1982) p. 5.

⁷ Para un estudio detallado de los primeros catequistas "auxiliares indios" ver Pierre Duviols, la lucha contra las religiones autóctonas en el Perú Colonial, Instituto Francés de Estudios Andinos 1971 (pp. 227-237).

⁸ El trabajo del catequista en Ayaviri, Thomas M. Garr S.J., Cristianismo y religión quechua en la Prelatura de Ayaviri, Cusco 1972 pp. 164 ss.

— en Cusco: M. Marzal: op. cit. p. 317.

— en Sicuani: Víctor Ramos: Pastoral Andina 26 (1978) pp 22 ss.

⁹ Pastoral Andina 2 (1974) pp. 1-3.

¹⁰ Ver conclusiones elaboradas por los mismos catequistas: Cursillo IRCEA julio 1972; Carta de los Catequistas a la Iglesia Sur Andina, IRCEA agosto 1972 (y luego Carta de los Catequistas del 20 de diciembre de 1973, igualmente escrita a la Iglesia Sur-Andina).

¹¹ Pastoral Andina 3 (1974) p. 36
Informe Consejo IRCEA.

¹² O. Brun, Los animadores campesinos cristianos (Pastoral Andina) 22 (1974) pp. 24 ss. Por lo que se refiere a la Iglesia autóctona, ver SEMBRADOR (Boletín de los Animadores campesinos cristianos, Puno) 3 (1977) y sobre todo: Jesús o Inca? Pastoral Andina 8 (1975) pp. 26-29.

¹³ Mons. A. Quinn, Discurso de

apertura de la Tercera Asamblea Episcopal Regional en Sicuani Pastoral Andina 5 (1974) pp. 11 ss.

¹⁴ Juan Hugues O.P. Pastoral Andina 11 (1975) pp. 6 ss.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Pastoral Andina 11 (1975) p. 11.

¹⁷ Leoncio Castillo: Pastoral Andina 6 (1975) Separata.